

FRAGMENTOS PARA UNA HISTORIA AÚN NO ESCRITA DEL CUERPO EN LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA EN LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

FRAGMENTS FOR A NOT YET WRITTEN HISTORY OF THE HUMAN BODY IN PHYSICAL ANTHROPOLOGY ON THE ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Martha Rebeca Herrera Bautista^a

^a*Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Antropología Física.
rebecaherrera.rh10@gmail.com*

RESUMEN

El texto centra su atención en un momento histórico en el desarrollo de la antropología física en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) que va de mediados de la década de 1970 a la actualidad, cuando participantes del Seminario de Investigación en Antropología Física plantean la crisis de la disciplina y proponen redefinir el objeto de estudio y su práctica a partir de recuperar el análisis de las relaciones sociales y del contexto histórico en el quehacer disciplinario. De ahí el interés por construir una perspectiva biosocial que centrara su atención en la interacción de los procesos biológicos y sociales y sus efectos sobre los seres humanos, además de que fuera una disciplina comprometida con la sociedad. Sin duda, ese hecho marcó un antes y un después en el desarrollo de la antropología física, sobre todo en los estudios de población contemporánea, en la medida en que su categoría central de análisis, el cuerpo humano, se hace explícito más allá de su morfología corporal, para dar cuenta de su vivir, sentir, pensar, expresar, padecer y actuar bajo un contexto social y cultural particular.

PALABRAS CLAVE: historia de la antropología física; poblaciones contemporáneas; corporeidad.

ABSTRACT

The text focuses its attention on a historical moment in the development of Physical Anthropology in the Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) that goes from the mid-1970's to the present, when participants of the Research Seminar in Physical Anthropology rose the crisis of the discipline and proposed to redefine the object of study and its practice based on recovering the analysis of social relations and the historical context in the disciplinary work. Hence the interest in building a bio-social perspective, which focuses its attention on the interaction of biological and social processes and their effects on human beings, in addition to being a discipline committed to society. A fact that, without a doubt, marked a before and after in the development of Physical Anthropology, especially in contemporary population studies, to the extent that its central category of analysis, the human body, is made explicit beyond its body morphology, to account for its living, feeling, thinking, expressing, suffering, and acting under a particular social and cultural context.

KEYWORDS: history of Physical Anthropology; contemporary populations; corporeality.

INTRODUCCIÓN

Existe una larga tradición del ser humano por conocerse, preguntarse por su origen, el sentido de la vida, su relación y lugar en el mundo y respecto a otros seres vivos, así como sobre su finitud. Dichas cuestiones han estado presentes en su devenir histórico; prueba de ello se registra en la historia de las ideas, filosofías, saberes, prácticas, representaciones y ciencias que han dado cuenta de esta inquietud matizada a través de coordenadas espaciales y temporales. También preceden las narraciones de viajeros, expedicionistas, colonizadores y colonizados sobre la diversidad de geografías y de grupos humanos que las habitan, de costumbres y tradiciones, de lenguajes y formas de nombrar y concebir el mundo.

Al respecto, diversos investigadores han documentado los orígenes de la antropología, misma que se remonta a 1859, cuando se funda la Société d'Antrhropologie en París. Bajo el pensamiento decimonónico europeo, este organismo asumía como hecho positivo la existencia de un orden natural, donde el hombre también se encontraba sujeto a las leyes de la naturaleza. El cuerpo humano se convirtió en su objeto de estudio, bajo la peculiar confluencia de líneas de investigación provenientes de disciplinas

ya constituidas; como la geografía, la medicina, la botánica, la historia natural, con la certeza de su carácter determinante de lo moral, cultural e histórico, regido todo ello por las leyes naturales (García Murcia 2011).

Bajo este influjo, en nuestro país, la antropología se estableció en el año de 1887 en el Museo Nacional de México,¹ bajo la dirección de Jesús Sánchez, pero fue hasta 1898 cuando se planteó el término de *antropología física* para referirse a esta antropología experimental o somatológica que estudia comparativamente las variaciones del cuerpo entre distintas razas a través de la anatomía comparada entre el hombre y antropoides, así como su evolución o la teratología, por mencionar algunas de las áreas planteadas (García Murcia 2008).

La emergencia de esta disciplina no puede entenderse si no se observa el contexto histórico y político por el que transitaba México como país independiente de la Corona, pero que, ante la intervención francesa, despertó el interés por conocer tanto el territorio –por demás biodiverso– como la variabilidad de la población predominantemente indígena y mestiza; con una tradición colonial donde los derechos políticos y sociales estaban en relación con la distinción física y genealógica, bajo los preceptos positivistas de la modernidad, “orden y progreso”, y donde la ciencia era una institución valorada por encima de las diferencias ideológicas y políticas ante su capacidad de revelar el mundo en sus dimensiones reales. De ahí la relevancia de las élites intelectuales e instituciones de educación y sociedades científicas involucradas en ese proceso modernizador² (García Murcia 2008).

Es cuando surge el interés por la descripción morfológica del soma humano y, por ende, por la técnica en la medición, la descripción y la validación de las diferencias corporales, que en aquella época se designaban *razas*, entendido lo racial como esa estructura que organiza y jerarquiza a la diversidad humana (Vera 2019) y donde el paradigma de lo humano lo representaba el hombre blanco, civilizado, europeo, con autoridad moral para actuar y colonizar a toda esa diversidad humana que, desde su óptica, se encontraba en una condición de inferioridad.

¹ En el sentido que le daban los científicos franceses, una antropología referida al cuerpo con el fin de clasificar las razas humanas, bajo el rasero etnocéntrico y racista.

² García Murcia en su texto plantea que la ciencia fue un elemento de continuidad política entre dos regímenes opuestos (el de Maximiliano y Juárez), indispensable para el progreso, visión que continuó durante el porfiriato.

Al respecto, Vera (2019) plantea que, desde que surgió la antropología en nuestras latitudes, el cuerpo humano, su variación, la noción de cambio y la clasificación de la diversidad humana han orientado el desarrollo de la disciplina y que, a diferencia de otros países, donde el encuentro con el “otro” representaba lugares distantes, en México la construcción de la otredad se da entre la misma población, es decir, relacionada con “el problema del indio”. Por ello, y de acuerdo con García Murcia, resalta la relevancia de tres temáticas en la agenda de investigación de aquellos años: el tipo físico del indígena, el poblamiento temprano de América y la antropología criminal.

Posteriormente, la institucionalización de la antropología física se da bajo el sexenio de Cárdenas en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, misma que albergó al Departamento de Antropología, y cuyos antecedentes se encuentran en la Universidad Obrera (1937) bajo el naciente indigenismo y la educación socialista. Por ello, los estudios técnicos y antropológicos estarían al servicio del pueblo (Lagunas 2006), situación por la que se pone énfasis en los estudios de origen prehispánico y de los grupos indígenas actuales, en concordancia con la ideología nacionalista impulsada por el Estado; de este modo se signó el desarrollo de la disciplina (Lagunas 2002).

Posteriormente, en 1939, se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, INAH, y, en 1942, la Escuela Nacional pasó a ser parte de las actividades sustantivas del Instituto; ya en el año 1946 recibiría su nombre actual: Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) (Lagunas 2006).

Entre las décadas de 1950 y 1970, la ENAH fue reconocida a nivel internacional porque reunía la enseñanza unitaria con siete especialidades de la antropología; no obstante, los acontecimientos sociales y políticos en esos años llevaron a cuestionar su horizonte profesional, constreñido hasta entonces a una antropología oficial y de servicio por la vía capitalista bajo un nacionalismo desarrollista y de aculturación que requería de técnicos para los programas de integración de las comunidades (Olivé 1981).

Así, el presente escrito parte de la década de 1970, cuando se da un cuestionamiento al hacer de la antropología física por parte de un grupo de estudiantes y profesores y se plantea redefinir el objeto de la disciplina, ahora centrada su atención en la interacción de los procesos biológicos y sociales y sus efectos sobre los seres humanos (Sandoval 1982). Considero

el hecho relevante en la medida en que la propuesta de una perspectiva biosocial *marcó un antes y un después* en el desarrollo de las investigaciones en población contemporánea.

En otras palabras, fue a partir de ese momento que se abrió el espectro de posibilidades en el hacer antropofísico, en la medida en que se recobró la historicidad del cuerpo-persona a través de las vicisitudes de la vida cimentadas en su experiencia corporal. En ese sentido, emergen nuevos temas-problemas, sujetos, contextos, teorías y metodologías que muestran el compromiso social de sus profesionistas al hacer visibles y audibles las voces de sectores diversos de la sociedad que, por una gramática social dominante, habían sido ignorados, estigmatizados, discriminados y violentados por mostrar una corporeidad diversa, que muestra posibles y diferentes modos de andar por la vida, cuya pertinencia como objeto de estudio desde la antropología física habría sido impensable en otro tiempo.

Este artículo consiste en la revisión bibliográfica de la producción de tesis de licenciatura entre 1944 y 2016, signada en tres índices temáticos, a saber: el realizado por Cárdenas en 1992, que analiza desde la primera tesis en 1944 hasta 1991; Barragán y Lerma (2007) continúan con la secuencia de 1991 al 2006 y, por último, el índice que va del 2007 al 2016 coordinado por Barragán, Lerma y Mundo (2019). También rescato mi experiencia formativa en la década de 1980 –cuando se cuestionó el hacer tradicional de la antropología física y se propuso una perspectiva biosocial y que pasarían algunos años más para ver nuevas propuestas en la construcción de los problemas desde la disciplina, mismos que observo, discuto, retroalimento y acompañó como docente en la ENAH.

EN EL AYER...

Desde mediados de la década de 1960, y en particular en 1968, en el ámbito internacional se expresaron diversos movimientos sociales en contra del modelo de explotación capitalista. Aires revolucionarios y de libertad revoloteaban dentro y fuera de las fronteras nacionales e internacionales ante el cuestionamiento a normas y estereotipos sociales hegemónicos y la apertura de nuevas expresiones políticas, sexuales y culturales en la sociedad.

En este ambiente, un grupo de antropólogos conocidos como los “Siete Magníficos”, Warman *et al.* (1970), plantearon que, en 1965, se inició la

crisis de la antropología mexicana, misma que se prolongó por varios años y que en 1968 tuvo su manifestación más radical ante la luchas estudiantiles y magisteriales. Dicha situación motivó transformaciones sustantivas en la ENAH tanto en sus formas de gobierno como en sus planes de estudio, mecanismos de ingreso y aceptación del estudiantado, algo que sin duda contribuyó al crecimiento y diversificación del quehacer antropológico.

No obstante, en ese proceso, se canceló en 1969 el convenio con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que procedía desde 1942, para otorgar el grado de Maestría,³ así que, como sucede hasta nuestros días, las siguientes generaciones sólo obtendríamos el grado de licenciados.

Debido a que el plan curricular no se había actualizado desde 1955, fue en los años setenta cuando comenzaron a impartirse clases paralelas con énfasis en el materialismo histórico, a fin de comprender la situación por la que atravesaba el país, tomando distancia de esa antropología precursora con una declarada visión colonialista. Por ello, además de las materias reconocidas, como Antropogeografía, Etnografía antigua y moderna de México, Culturas prehispánicas de Mesoamérica e Historia cultural de México, que aparecieron formalmente hasta el anuario de 1971, se impartían otros cursos, como Sociedades precapitalistas, Teoría de las clases sociales, Teoría de la historia y Materialismo histórico, como herramientas básicas en la confrontación crítica y sistemática a la antropología tradicional mexicana (Ramírez 2011).

La misma discusión reinaba en general en el ámbito de las ciencias sociales y humanas, donde emergían críticas a los preceptos del positivismo y sus formas de hacer ciencia y su pretendida “objetividad”, esto con la necesidad de realizar estudios interdisciplinarios, incorporar el feminismo dentro de la academia, dar el reconocimiento a los indígenas como sujetos sociales, promover el desarrollo tecnológico y de la comunicación al servicio del conocimiento, las transformaciones socioculturales que conlleva abrirse a signar el mundo desde sus pluralidades, como fue el reconocimiento de variadas formas de ser y relacionarse más allá de los estereotipos dominantes, la emergencia de la diversidad sexual y la lucha por sus derechos, la multiplicidad de identidades y la trascendencia del cuerpo

³ Cárdenas (1992) reporta que, de 1944 a 1985, los antropólogos físicos que se titularon como licenciados y obtuvieron el grado de maestro fueron 40 (22 hombres y 18 mujeres).

como una categoría de análisis social relevante, la emergencia de las emocionalidad, así como de la complejidad comportamental del ser humano.

En 1971 se inauguró un nuevo anuario con una propuesta teórico-metodológica que estaría vigente hasta 1978. En éste se anulaba el tronco común en la formación de los estudiantes y optó porque en los dos primeros semestres se ofrecieran materias generales dentro de cada especialidad, lo que contribuyó de cierta manera al aislamiento y parcialización de la enseñanza antropológica en aras de una mayor especialización de las diferentes ramas de la disciplina (Lagunas 2006).

Para el caso de la antropología física, se dio cabida a materias de carácter social, lo que para algunos significó una pérdida en la profundización del conocimiento biológico de las poblaciones humanas (López 2005). Para otros, abrió la posibilidad de dar cuenta de la corporeidad bajo una corriente de pensamiento que se negaba a reducir al ser humano a su naturaleza orgánica y no se satisfacía con afirmar que éste era un producto social (Dickinson 1983).

En esos años, este cuestionamiento se realizaba dentro del Seminario de Investigaciones en Antropología Física, SIAF, y que ha sido analizado por varios colegas.⁴ El Seminario centró su discusión sobre el objeto, teoría y método de la disciplina, así como el *para qué y desde dónde* se realizan las investigaciones; también se centró en el carácter técnico y descriptivo del conocimiento generado, ya que de todos es sabido que, en el estudio de poblaciones contemporáneas, la somatología se caracteriza por describir antropométricamente y morfoscópicamente a los grupos humanos, a fin de determinar la variabilidad somática del cuerpo desde un punto de vista raciológico, de la adaptabilidad, el crecimiento y la proporcionalidad de los distintos segmentos corporales (Lagunas 2002), lo que gesta una corporeidad metafísica con esencias abstractas, separada de los cuerpos concretos y de su particular contexto histórico social (Quesnel 1993), además de no cuestionar la práctica profesional, es decir, el *qué están estudiando*,

⁴ La tesis de licenciatura en Antropología Física de Enrique Serrano (1987) sobre “*El hombre escindido*”, o la de Octavio Quesnel (1993) *Antropología Física joven en México: Un periodo de búsqueda (1974-1991)*, el artículo de Josefina Ramírez (2016) *De la investigación comprometida del Seminario de Investigación en Antropología Física, a la construcción de una antropología física crítica en la ENAH*, o Anabella Barragán (2011) *El cuerpo experiencial en el proceso salud-enfermedad-atención: objeto de estudio de la antropología física*, por mencionar solo algunos.

cómo lo hacen, por qué, para qué y para quien lo realizan (Dickinson y Murguía 1982).

Por el contrario, este grupo de antropólogos físicos críticos planteaban como paradigma emergente la perspectiva biosocial, que partía de la inquietud de preguntarse cómo la diferenciación social moldea los cuerpos ante condiciones sociales y económicas adversas, que determinan la condición física y moral de los actores (Sandoval 1983). Es decir, existía la preocupación de que se debía centrar el estudio de lo que los seres humanos son aquí y ahora, junto con su incesante producir dentro de unas determinadas relaciones sociales (Peña 1982), esto es, que el propio “objeto de estudio” de la antropología física vive más allá de sus fisiologías, de sus procesos filo u ontogenéticos, de cariotipos, genotipos y biotipos. Vive por todo ello y por las emociones e instituciones que brotan de sus manos, en interrelación con los dinamismos socioculturales, como lo plantea Lizarraga (1982: 172).

Se observa entonces al ser humano como la síntesis de lo biológico y lo social, lo que invalida la dicotomía de la existencia entre uno y otro al observarlo como un proceso único, que participa en la configuración de su propia naturaleza específicamente humana (Peña 1982); de ahí la trascendencia de revisar el objeto, teoría y método de la antropología física desde el materialismo histórico, bajo el principio pedagógico de que el investigador se forma investigando y reconociendo su compromiso social (Quesnel 1993).

Desde 1978 y hasta 1988 se da un proceso de discusión y recomposición de dicho anuario conformado por 41 materias en cinco áreas formativas: biología básica, social, antropológica, metodológica e instrumental, de las cuales 10 eran materias optativas, bajo el entendido de que la antropología física estudia la interrelación de la biología de las poblaciones humanas con su medio ambiente y sociedad (Olivé 2000).

Fue así como la generación de 1979 comenzó el ciclo escolar en las nuevas instalaciones de la Escuela junto a la zona arqueológica de Cuiculco, conformadas por el edificio central y la explanada conocida por todos como “el lagartijero”. En esos años, con otro paisaje urbano, exento de grandes construcciones, podían disfrutarse bellos atardeceres, hacia el sur el Ajusco, con sus diversas tonalidades que daban el efecto de una postal tridimensional. Hacia el horizonte, la mirada topaba con los majestuosos volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Este nuevo plantel permitió mayor número de alumnos, bajo dos turnos –matutino y vespertino– e instauró

laboratorios para las especialidades de Arqueología y Antropología Física, principalmente (Ruiz, 2012).

En particular, cuando ingresé en el año de 1980 a la especialidad de Antropología Física junto con 40 compañeros –número inusitado de alumnos hasta aquel año– el plan de estudios vigente estaba aún en proceso experimental, con un grupo reducido de antropólogos físicos al frente como docentes, una coordinación de la licenciatura tripartita (autoridades, docentes y alumnos), donde cada sector tenía el mismo peso en la toma de decisiones, y una Asamblea General numerosa y activa, que se constituía como el máximo orden de decisiones, bajo la dirección de Mercedes Olivera (1978-1981).

En esos años había cierto sentimiento de crisis generalizada en toda la ENAH y en particular en Antropología Física. Se vivía aún la tensión de años anteriores, surgida por la crítica a la antropología colonialista y la propuesta de acuñar esta perspectiva biosocial comprometida con los grupos más desfavorecidos, así que una fracción de estudiantes y profesores continuábamos en el movimiento democrático con Oralba Castillo y Oscar Frontini al frente de la coordinación (ambos filósofos argentinos), enfrentados a una ruptura entre la corriente marxista y la resistencia de algunos que abanderaban aún una antropología física de corte más biologista.

Debido a tal confrontación, algunos de los profesores con cierta trayectoria académica habían abandonado la escuela para insertarse de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a otros se les veía impartiendo clases o por pasillos de la escuela, y los antropólogos más jóvenes que habían pugnado por una antropología física crítica se habían marchado de la escuela en aras de abrir nuevos espacios para la investigación y la acción de esta disciplina. Pocos antropólogos físicos quedaron como docentes en esos años. En mi experiencia estudiantil, podría enunciar principalmente a Eyra Cárdenas, Xabier Lizarraga, María Eugenia Peña, José Luis Fernández, Alfonso Sandoval y Arturo Romano, entre otros, que impartían las materias de Biología, Evolución, Somatología, Osteología y objeto, Teoría y método de la antropología física. Otras materias, como Anatomofisiología, Bioquímica, Genética, Formación social mexicana I y II, Teoría del conocimiento, Estadística o Seminario de investigación, eran impartidas por profesores provenientes de disciplinas afines: médicos, químicos, abo-

gados, filósofos, etnohistoriadores y antropólogos sociales en torno a lo que ellos consideraban que era nuestra disciplina.

Recuerdo que vivíamos sentimientos ambivalentes: por un lado, cierta incertidumbre sobre el porvenir de la disciplina, ante el rechazo explícito a esa antropología física descriptiva, fragmentadora del cuerpo, y su pretendida *objetividad* científica dada por la técnica, la estadística y el dato *duro*; las gélidas descripciones que sin duda difuminaban el sentido antropológico del ser humano. Por el otro, imperaban los nuevos aires que dieron un giro en las aristas de interés antropofísico, que pugnaban por una antropología física comprometida socialmente con las clases trabajadoras, por ello el interés en estudiar sus condiciones de vida y laborales, sus perfiles de salud-enfermedad, el crecimiento infantil y las repercusiones que conlleva la diferenciación social en los cuerpos vulnerados con el afán de denunciar la explotación, la marginación, el desarrollo desigual, la discriminación que enfrentaban estos sectores de la población, cuyo registro quedaba inscrito en sus cuerpos, pero, sobre todo, en las experiencias de vida de las personas.

Sin tener los antecedentes precisos de este movimiento estudiantil, que había precedido un lustro de mi ingreso a la ENAH, pero ante el impacto que tuvo y los aires subversivos que aún subsistían en esos años, como estudiante del turno vespertino, donde la mayoría trabajábamos por las mañanas, no me quedaban del todo claro los momentos que vivíamos ni el porqué de estas confrontaciones. Es decir, nos embargaba un sentimiento de crisis recurrente, que se confrontaba con los míticos años gloriosos de la insigne Escuela Nacional de Antropología en el Museo Nacional de Antropología, así como su reconocimiento a nivel latinoamericano. Al mismo tiempo, persistía una renuencia evidente a realizar investigación en las áreas tradicionales de la somatología u osteología, lo que signaba nuestro sentir personal.⁵

Sabíamos que podíamos hacer mucho más que descripciones someras desde nuestra disciplina, pero no sabíamos cómo articular los procesos biológicos con los sociales. Más aún, las ciencias sociales se cuestionaban y coincidían en la necesidad de romper con la pretendida neutralidad del conocimiento científico ante la emergencia de nuevos problemas y actores sociales.

⁵ He relatado parte de mi experiencia como alumna y las transiciones que me ha tocado experimentar en la práctica profesional de la antropología física en Herrera y Molinar (2011).

En otros horizontes también surgía el estudio del cuerpo más allá de su concepción como un receptáculo biológico, genético, fisiológico y/o mental, así como del lenguaje de la ciencia que había hecho del hombre el paradigma de lo humano y la razón el signo de la civilización. Ese descubrimiento, sin duda, cifró nuestra experiencia escolar y de vida, ¿cómo hacer para dar cuenta de la resultante de la interrelación biológico-social en las poblaciones contemporáneas, a fin de no seguir produciendo sumarios tautológicos con información, por demás descriptiva, generada desde diferentes enfoques disciplinarios que sólo confirmaban lo que ya se conocía, como bien apuntaron Serrano y Castilleja (2001)?

En esos años, el cuerpo se observaba de manera *implícita* a los fenómenos que se estudiaban, fueran cuestiones de crecimiento, nutrición, somatología, biotipología, genética u otras, quizá porque el enfoque que privaba era el de la variabilidad poblacional, y aún no rondaba en nuestras posibilidades teóricas y mucho menos metodológicas, aunque sí en nuestras inquietudes, dar cuenta de lo que significa ser y sentir un cuerpo vulnerado ante la mala alimentación, la enfermedad, el trabajo extenuante, las malas condiciones de vida, la discapacidad, entre otras condiciones humanas. Nos encontrábamos todavía en nuestra búsqueda de cómo articular una perspectiva de esos procesos, de cómo entramar los condicionamientos socioculturales con la expresión física o la condición biológica, en la medida en que el criterio académico hegemónico en la antropología física era bajo el rasero cuantitativo.

La tensión en la que nos construimos como antropólogos físicos en aquellos años, en relación con nuestro pretendido objeto de estudio, se daba entre la confrontación de estos dos paradigmas: por un lado, el estudio de las características biológicas como determinantes de las condiciones sociales, económicas y culturales, haciendo del valor estadístico el garante de las jerarquías bajo una ideología dominante, donde las diferencias físicas determinaban cuerpos: superiores e inferiores, civilizados y salvajes (Vera 2019), nutridos y malnutridos, con pleno desarrollo y vulnerados. Por el otro, se partía de la importancia de las interacciones de los procesos biológicos y sociales y sus efectos sobre los seres humanos (Sandoval 1983), considerando el conjunto de relaciones que existen entre el desarrollo social y el desarrollo del soma humano (Dickinson y Murguía 1982).

Sin duda, estas inquietudes se reflejan en los temas emergentes en las investigaciones de las tesis de esos años, donde se llegó a cuestionar incluso

la pertinencia en el campo de la antropología física. Esa situación trasciende hasta nuestros días cuando algunos colegas se refieren a los temas de investigación desarrollados en poblaciones contemporáneas con un: “¡Ahhh!, ...eso que ustedes hacen”, que, más que denostar las investigaciones, refleja su falta de interés por conocer las nuevas vetas disciplinarias. De ahí mi interés en retomar la pregunta que hace años planteó Quesnel (1993): ¿qué caminos se han abierto en la antropología física en nuestro país desde aquellos años? Y ¿qué tanto se avanza hoy día en ellos?

LA TRANSICIÓN Y NUEVAS VETAS PARA LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA

Las investigaciones realizadas por Alfonso Sandoval (1983), sobre la estructura corporal y la diferenciación social de un grupo de jóvenes de la ciudad de México; Federico Dickinson (1983), en torno a la discusión teórico-metodológica en antropología física y su apuesta por lineamientos de una epigenética histórica; Raúl Murguía (1981), sobre la proporcionalidad corporal en relación con la diferenciación social; Josefina Ramírez (1991), en torno al proceso laboral minero y sus repercusiones en la fuerza de trabajo entre los trabajadores de la Compañía Real del Monte y Pachuca, resultan paradigmáticas en tanto la noción de cuerpo y el cuerpo mismo se hacen visibles a partir de nuevas consideraciones sobre el objeto de estudio y revelan la importancia de explicar las causas y procesos que se implican en la variabilidad humana, como apunta Ramírez (2016).

Es decir, se observa la corporeidad como una sociedad objetivada, bajo el entendido de que en cada sociedad se concreta un conjunto de relaciones sociales y el dominio de ésta sobre la naturaleza. Por ello, la esencia del paradigma biosocial conlleva una perspectiva de clase y una postura política que subraya el conflicto y la lucha de clases, a fin de dar cuenta de la desigualdad social plasmada en una biología gradada y experimentada por éstas (Ramírez 2016).

Durante los siguientes años, esta vertiente continuó en la búsqueda de concretar una perspectiva biosocial. Este esfuerzo se puede observar en trabajos como el de Aldo Pineda (1989), quien aborda la nutrición dentro de un grupo de obreras del Distrito Federal; Guillermo Vázquez (1994), quien evalúa la composición corporal en obreros, o Martha Herrera y José Arias (1994), quienes muestran las condiciones de vida y el crecimiento

diferencial en relación con el desarrollo socioeconómico desigual de cinco comunidades indígenas de la sierra Norte de Puebla, que, a decir de Jesús Jáuregui (1997), fueron de las últimas tesis con orientación marxista. Si bien, en ellas la pretensión fue trascender el marco biológico en el estudio de las poblaciones contemporáneas y aproximarse a una explicación que integrara los fenómenos vitales con los procesos de orden social e histórico, y a pesar de que muestran claramente la gradación de los cuerpos ante la diferenciación social, estas investigaciones adolecen aún de un marco teórico-metodológico que les permitiera realizar la pretendida síntesis biosocial, como bien lo planteo Sandoval (1984). Más lejanas aún de abordar aspectos simbólicos y estructurales hechos cuerpo, pues éste seguía ausente en la formulación de los problemas, ante la dificultad que se enfrentaba en ese tiempo –y creo que aún es un reto en cada investigación– para configurar una mirada antropofísica en relación con el tema que se desarrolla, es decir, dar cuenta de cómo se experimenta, se significa, se asimila, se siente y se expresa esa resultante de la interacción biológico-social expresada en dicha corporeidad.

Otro impedimento era enfrentarse a una academia rígida que exigía como requisito fundamental o definitorio de nuestro quehacer antropofísico el uso de la antropometría y de la estadística en la cuantificación corporal y que de una u otra manera era un obstáculo hacia la integridad biosocial del ser humano, es decir, la experiencia vivida corporalmente en relación con las marcas sociales que encarnan la persona en cada espacio social.

Años más tarde, y junto con diversas disciplinas del campo social, el cuerpo se hace *explícito*, se configura en una categoría de análisis social. Con ello, se da un vuelco en nuestra disciplina, toda vez que trasmutamos del cuerpo biológico a la construcción de la corporeidad que, en voz de Barragán (2022), es un concepto del cuerpo en su contexto sociohistórico experiencial significado, donde se encarnan las múltiples condicionantes físicas, biológicas y culturales desde donde se interpreta el sentido de la experiencia intersubjetiva. Justo es a través de esta vivencia corporal que se puede romper la oposición entre espíritu y materia (Vera 2002), objetividad y subjetividad, cuerpo y mente, razón y emoción, sexo y género, entre otros binarios, hegemónicos y normativos.

Para la década de 1990, comenzaron aemerger estudios sobre ergonomía, como el de Amaceli Lara (1993), quien da cuenta del uso de los espacios

laborales a través de una lectura semiótica; Luz Vargas (1995), quien aborda la percepción visual de los colores entre los lacandones a fin de mostrar la elaboración simbólica en torno a las sensaciones originadas en el cuerpo dentro de su cosmovisión particular; Rafael Pérez (1996), quien plantea que la cabina de cristal de un avión de Aeroméxico configura un sistema cultural complejo hombre-máquina; o Carlos Teutli (1998), quien descifra la identidad femenina anglosajona del cuerpo proyectado en las revistas femeninas, entre otras. Estos trabajos abrieron posibilidades a la antropología física al explorar referentes teóricos y metodológicos como la percepción, las dimensiones espacio-temporal, lo comportamental, la interacción entre el ser humano y sus extensiones, lo cognitivo, la identidad, por mencionar sólo algunas, que sin duda rompieron con los viejos criterios en el hacer antropofísico al explorar el cuerpo desde otros ángulos, vinculado con la cultura, la subjetividad, la identidad, el individuo y su colectividad.

Entre esos años y la primera década del siglo XXI, las investigaciones antropofísicas, sobre todo en relación con los procesos salud-enfermedad-atención-muerte y la corporeidad, cuentan ya en su formación y en su posibilidad con perspectivas teóricas provenientes de otras ramas de la ciencias y tienen a su alcance el uso de metodologías cualitativas (etnografía, entrevista en profundidad, estudios de caso, grupos focales, entre otros) provenientes de la misma antropología, con lo que se profundiza en la experiencia por demás corporal de los sujetos con quienes se colabora, se establecen puentes y diálogos inter, multi y transdisciplinarios que configuran problemas, posturas e interpretaciones cada día más complejas y plantean nuevas aproximaciones a nuestro pretendido objeto-sujeto de estudio, el ser humano en su proceso de interacción-integración biopsicoemocional,⁶ matizado y situado históricamente. Es decir, se enuncian y se hacen imprescindibles de investigar otras dimensiones que nos configuran a los seres humanos y que ahora, con extrañeza, nos preguntamos: ¿cómo fue que el discurso científico pudo ignorarlas o negarlas?

⁶ En mi caso y bajo esta perspectiva biosocial, he tenido que enunciar las diferentes aristas que nos configuran como seres humanos en la medida en que era fundamental visibilizarlas ante la fragmentación del cuerpo y de la complejidad que somos en los temas que he desarrollado, por ello puntualizo lo biopsicoemocional. Para otros autores resulta innecesario en la medida en que lo biosocial lo resume; es el caso de Florencia Peña (comunicación personal); otros optan por plantear lo holístico con la idea de desfragmentar el cuerpo que nos constituye (Ortiz 2024).

Es en este momento cuando los temas comienzan a surgir y marcar nuevos senderos: el cuerpo recobra su centralidad más allá de ser un campo de conocimiento susceptible de observar y analizar en su materialidad física. Se hace explícito a través de develar su ser, sentir, percibir, pensar, representarse, significarse, padecer, actuar y situarse en un contexto determinado, lo que da la posibilidad de que la subjetividad aflore y, con ello, el cuerpo en tanto sujeto social, construido dentro de coordenadas sociales donde las creencias, costumbres, prácticas, representaciones, relaciones y conflictos se encarnan y se muestran a través de diversas identidades y formas de enfrentar los procesos de vida, salud, enfermedad, pérdida y muerte, así como en su capacidad resiliente de resignificarse y resistir los embates cotidianos.

Ante ello, emerge el interés por diferentes sujetos y contextos para la investigación en relación con aquellos procesos que trascienden el cuerpo biológico y que se expresan a través de la subjetividad del cuerpo-persona (Peña y Ramos 1999), identidades materializadas en dicha plasticidad y variabilidad biopsicosocial (Barragán 2007), donde los elementos de identificación y distinción con otros resultan ser la base de esa identidad y constructores tanto de la cultura como del sujeto y del conocimiento humano (Bonola 2014).

En la actualidad se reconoce la implicación que tiene el investigador en su tema de indagación, en la subjetividad y emocionalidad que emergen del acto mismo de investigar, los riesgos y las vicisitudes que se enfrenta en el desarrollo del trabajo de campo o de gabinete y la necesidad apremiante de generar una estrategia de autocuidado, en tanto que se pone el cuerpo en el mismo proceso de investigación.

La presencia de profesores de tiempo completo de la ENAH, como José Luis Vera, Anabella Barragán Solís, José Luis Castrejón y Florencia Peña Saint Martin, entre otros, ha contribuido en este proceso: cada uno, desde su particular formación y mirada disciplinar, ha dirigido buena parte de la producción de las tesis –en los diferentes niveles formativos– como quizá otrora lo propició Eyra Cárdenas, según consta en los catálogos de las tesis antes referidos. También habría que reconocer la contribución de otros investigadores externos a la escuela como Xabier Lizarraga, Edith Yesenia Peña y la que suscribe, en la medida en que han abierto espacios de discusión alternos sobre el comportamiento, la sexualidad, la diversidad sexual, el género y/o la violencia desde la antropología física que de alguna

manera dejan huella en la formación de nuevos investigadores. O bien, la producción autorreflexiva sobre el camino andado en la antropología física de Josefina Ramírez, que sin duda contribuye a la construcción de estas miradas plurales de la disciplina y de su pretendido objeto de estudio, la diversidad humana en su complejidad comportamental.

Algunas investigaciones en torno a la corporeidad versan sobre los procesos constitutivos de la experiencia corporal en relación con prácticas y representaciones sociales del mismo, las emociones, los padeceres, las enfermedades e incluso los gozos. Otros trabajos versan sobre la significación del dolor a través de las modificaciones corporales, del cuerpo ejercitado, el cuerpo quemado, el cuerpo ante enfermedades estigmatizadas –como el VIH-sida– o ante la experiencia de la primera relación sexual, entre otras. Todas ellas nos permiten visibilizar y comprender cómo se viven y experimentan las vicisitudes cotidianas en esa diversidad de corporeidades, sus resistencias, resignificaciones y resiliencias.

Existe otra veta de estudios sobre las representaciones en torno al cuerpo, la salud, la enfermedad y la vejez, que recogen los testimonios en torno a la experiencia del cuerpo vivido (Barragán 2007) tanto en sociedades contemporáneas como en las que mantienen su tradición con otros referentes cosmológicos.

Vale destacar otras aproximaciones que tocan un problema social de gran envergadura: la violencia, signo de nuestro tiempo; violencias que se experimentan cotidianamente en diferentes espacios, que nos trastocan porque nos revelan tanto el lado oscuro del ser humano y sus motivaciones como la fragilidad de nuestra condición humana ante el intento de suicidio; el dolor encarnado de la violencia en las relaciones de pareja; la violencia sexual que padecen las jóvenes que se relacionan o son presa de una pandilla o los prejuicios y estigmas reproducidos en los medios de comunicación en torno a la corporeidad de los narcotraficantes.

Otra veta que exige un compromiso social con la población es la de las investigaciones que se realizan en el ámbito forense –área demandada en estos tiempos de violencia globalizada– y que requieren la propuesta de instrumentos sensibles y humanos para realizar entrevistas a los familiares de personas desaparecidas o comprender los efectos biopsicosociales en las familias ante la desaparición forzada de personas, entre otros temas que demandan nuevos recursos en la formación de los antropólogos físicos, sobre todo para generar investigadores comprometidos, sensibles, empáticos.

ticos y respetuosos ante las problemáticas que enfrentan y con los grupos de personas a quienes deben dar resultados, así como el aprendizaje del autocuidado en este ámbito laboral.

Otro campo novedoso gira en torno a la estética, el arte, la religión y el patrimonio, donde se contempla el cuerpo humano como patrimonio tangible e intangible que puede ser leído a través de sus propias creaciones, en sus usos, o bien, en un sinfín de prácticas que lo encarnan, sea en el presente, sea en el pasado (Barragán 2012; Barragán y Lerma 2023).

Hasta aquí una ojeada al caleidoscopio de los temas que han contribuido a pensar nuestro quehacer desde la construcción de múltiples miradas antropofísicas. Pero habrá que decir que esos jóvenes investigadores ahora están formando a las nuevas generaciones de estudiantes en la ENAH y, con ello, marcan nuevas rutas de investigación en la comprensión del fenómeno humano, situación que da vigencia a una disciplina plural, transdisciplinaria y de vanguardia.

EN QUÉ VAMOS...

Como he planteado, fue a mediados de la década de 1980 cuando se observó un cambio en las perspectivas teórico-metodológicas y comenzó una fase de diversificación sobre los temas de investigación antropofísica, que en buena medida resultan del cuestionamiento realizado al quehacer de la disciplina bajo la vertiente biosocial.

Hoy la antropología física muestra matices que otrora eran impensables, que van desde una reflexión epistemológica sobre de qué cuerpo hablamos, amén de los cuestionamientos filosóficos que permean a éstos; investigaciones que centran la atención en el desarrollo histórico, político e ideológico de las diferencias, hasta otras que versan sobre los métodos y técnicas de investigación e interpretación de los problemas estudiados. También existe un avance y consolidación en áreas como la ontogenia, la genética, la cognición, lo comportamental, la neuroantropología, entre otras, en el estudio de las poblaciones contemporáneas, y que se enfrentan siempre a la incertidumbre creada por la “duda disciplinaria” o ante el cuestionamiento del conflicto identitario, sobre todo por la ambigüedad del propio objeto de estudio de la antropología física, puesto que, a decir de unos, en la práctica cotidiana se ha generado una dispersión más que una

precisión conceptual, teórica y metodológica, ante la porosidad de las fronteras disciplinarias y la noción de interdisciplinariedad (Ramírez 2012).

Otras voces consideramos esta diversificación como el potencial que tiene la disciplina desde su propio origen, al enfocar con diferentes lentes el proceso de hominización-humanización, que nos permite hacer de ella una disciplina plural (Lizarraga 2003),⁷ pues las fronteras de la antropología física lindan prácticamente con todas las áreas científicas (López 2005). Quizás por ello, Lizarraga y Sandoval consideren que, más que una disciplina, es un campo transdisciplinario.

En la actualidad, un elemento clave para comprender este caudal de maneras de abordar el cuerpo desde la antropología física tiene que ver con sus actores-autores, la configuración interdisciplinaria en su formación profesional, los temas que investigan y las perspectivas que han ido desarrollando en la búsqueda y comprensión de los problemas tratados. Otro factor es la permanencia, reconocimiento y cercanía de profesores con las nuevas generaciones. Entre las disciplinas con las que se dialoga para realizar nuestros planteamientos tenemos la filosofía, la medicina social, la antropología médica, la antropología social y cultural, la semiótica, la demografía, la sociología, la psicología y arqueología forense, así como con sus variadas teorías y enfoques.

Dar historicidad al cuerpo en la antropología física es situarlo como objeto de estudio de la disciplina; transitar del cuerpo biológico a la corporeidad o experiencia vivida y, con ello, sortear el binarismo y fragmentación del ser humano en torno al cuerpo-mente, razón-emoción, biología-sociedad, sexo-género, entre otras oposiciones; pasar de la variabilidad biológica a la diversidad sociocultural; del estudio poblacional a los sujetos o actores sociales; de lo cuantitativo a lo cualitativo, de la objetividad a la subjetividad. Es decir, a través de estas transiciones se han ido restituyendo los procesos históricos sociales que construyen la experiencia de vida por demás corporal de todo ser humano, que como individuo o colectivo, gesta su identidad y corporeidad ante una serie de diferencias

⁷ Colegas que provienen de disciplinas afines a la antropología física la consideran una disciplina de vanguardia, toda vez que, al situarse en la interacción de los procesos biológicos y sociales que nos dan especificidad como seres humanos a la vez que se matizan las expresiones de nuestra diversidad, abre un mundo de posibilidades al conocimiento del fenómeno humano.

–por género, sociales, étnicas, funcionales y/o etarias–, mismas que se traducen en desigualdades sociales, así como en tramas de significación que las colectividades han creado y que permiten emerger los signos que las definen en el transcurso de la vida y las alteridades (Vera 2019).

Por ello, hemos transitado en la antropología física de tener un cuerpo otrora receptáculo de órganos, sistemas, genes, entre otros, además de prejuicios, estigmas y exclusiones, a ser un cuerpo donde la variabilidad y plasticidad cobran significación en un mundo socialmente construido, bajo ejes asimétricos de poder y una gramática sociocultural que impone criterios de inclusión-exclusión, reconocimiento-discriminación, normalidad-anormalidad, superioridad-inferioridad, entre otros binarios, donde el comportamiento aflora y se hace explícito al percibir, emocionar, sentir, pensar, expresar y actuar desde y con el cuerpo que somos, mismo que nos constituye y nos da identidad en múltiples espacios. Pasamos de un cuerpo medido a un cuerpo vivido. De un cuerpo hegemónico, normalizado, racializado y colonizado a la emergencia de múltiples cuerpos situados, invisibilizados, olvidados, estigmatizados, excluidos, discriminados por presentar características y funcionamientos corporales diversos y que demarcan diferentes modos de andar por la vida. Tales transiciones hacen posibles miradas coexistentes, cada una bajo su lógica de pensamiento y su hacer metodológico que, sin duda, se retroalimentan y permiten reconocer aristas acalladas, ignoradas o fragmentadas del ser humano, además de gestar nuevas preguntas y perspectivas de investigación.

Cinco décadas han pasado desde aquella crítica a la disciplina y hoy la antropología física –sobre todo, la que se realiza en nuestro país, en el ámbito de poblaciones contemporáneas– denota un sello que la hace particular a otros desarrollos disciplinarios en el mundo, ya que se reformula para dar cuenta de la heterogeneidad social más allá de la homogeneidad de las poblaciones, pasar de la diferencia biológica a la desigualdad social con el fin de captar las significaciones sociales encarnadas en el cuerpo, resultado de las experiencias de vida que tienen las personas ante las tramas sociales que experimentan y que evidencian corporalmente condiciones diversas y adversas de vida recobrando sus voces a través de signos, representaciones, sentires, gozos y padeceres; así como maneras de vivir, enfermar, atender y morir ante diferentes ejes de la desigualdad social, económica, genérica, étnica, laboral, etaria, educativa, por mencionar algunos.

Es decir, a lo largo de estos años se construyeron senderos con puntos de origen diversos que parten del ser humano como especie, pero que también se interesan en lo que constituye propiamente nuestra condición humana, que se materializan en el cuerpo pero que lo trascienden, lo significan, lo representan y lo experimentan a través de identidades plurales. Así se da cuenta de estas pluralidades hasta hace poco tiempo ignoradas por nuestra disciplina, pero que sin duda se anidan en la experiencia de vida signada corporalmente y a través de los relatos de las personas que viven y experimentan relaciones sociales injustas, ante una amplia gama de actores sociales situados en diferentes contextos (mujeres, ancianos, niños, adolescentes, indígenas, consumidores de sustancias, chamanes, afrodescendientes y un largo etcétera), para dar cuenta del sentido de la experiencia corporal y de la emocionalidad, bajo condiciones socioculturales e identitarias, que delinean modos de andar por la vida por demás diversos, complejos, cambiantes e interactuantes.

De ahí el interés por compartir mi lectura o experiencia en este proceso, que comenzó a integrarse desde décadas atrás y donde, sin duda, el diálogo con otros colegas sobre los caminos andados me ha permitido este somero acercamiento para identificar trayectorias académicas de cada uno de los antropólogos físicos a través de sus intereses de investigación y de su desarrollo profesional. También la convivencia cotidiana con estudiantes y profesores, pero, sobre todo, con los que hoy refrendan su formación e identidad como antropólogos físicos en el posgrado, mismos que cuentan con un bagaje actualizado de las teorías, métodos y técnicas provenientes de otras disciplinas que nutren a la nuestra, y con las que dialogan y construyen para dar cuenta de los procesos en nuestro devenir como especie y que ha contribuido a construir miradas antropofísicas sobre los temas y problemas que indagan y nos convocan cotidianamente a repensar nuestro quehacer y nuestro compromiso con la sociedad.

Sin duda, esa es la apuesta en nuestra disciplina, abierta a nuevos horizontes, a variadas perspectivas, a cuestionar nuestras maneras de hacer investigación, de nutrir nuestros supuestos de investigación, de pensar el para qué, para quién y desde dónde se realiza ésta.

Seguimos enfrentando el reto de pensar desde nuestras latitudes las problemáticas que embargan nuestras condiciones para generar un pensamiento propio y descolonizado, abriéndonos a otros correlatos de la existencia humana, a otras ontologías holísticas llenas de sabiduría y bajo

variados referentes corporales, de la naturaleza y del universo, acalladas por el imperativo de la ciencia y de la sociedad occidental.

Como antropólogos, estamos obligados a cuestionar en todo momento la sociedad que somos, las maneras en que nos relacionamos, nuestras prácticas y representaciones sobre la alteridad, la otredad, la diferencia, la diversidad, la pluralidad, la identidad, el género, la fragilidad, la vulnerabilidad, la emocionalidad, sin olvidar a la antropología como una ventana entre otras disciplinas, que nos permite ver y observar las diferencias visibles pero también las que se encarnan en la experiencia corporal de los distintos grupos sociales, todos ellos constitutivos de nuestra condición propiamente humana.

A MANERA DE COROLARIO

Hoy, han pasado varias décadas desde que pisé por primera vez la ENAH. El camino que me tocó trazar y transitar en esos años fue sinuoso; eso sí, apasionante y, en ocasiones, frustrante. No obstante, veo con agrado que fue posible ir construyendo múltiples senderos de investigación con miradas diversas, tejidas desde la inter, multi o transdisciplinariedad a partir de tener otra vía de encontrarnos con la otredad. No sólo en su forma y apariencia física, sino en lo que nos constituye realmente como seres humanos, la experiencia de vida relatada a través de su cuerpo, de su percibir, sentir, representar, relacionar, pensar y actuar. En ese sentido, considero que la pretendida búsqueda por gestar una perspectiva biosocial permitió abrir el horizonte a un entramado de dimensiones cada vez más complejas y cada vez más cercano a lo que somos y nos constituye como seres humanos. Tuvimos que ir enunciando cada una de sus aristas biopsicoemosocioculturales a fin de poder explorar temas cada vez más complejos que retaban a los viejos preceptos positivistas, biologicistas, tipológicos, racistas y clasistas.

Hilar este entramado resulta excesivo para algunos, para otros necesario a fin de mostrar la integralidad que nos configura como seres humanos en cada dimensión que encarna nuestro contexto y da posibilidad de ser lo que se es. Esa experiencia corporal, por demás heterogénea, expresa el momento histórico y los contextos socioculturales que nos dan posibilidad de ser y encontrarnos con los otros.

Las nuevas generaciones cuentan con un prisma de referentes epistemáticos, teóricos y metodológicos, y en su andar investigativo tienen que construir, a partir de sus temas de interés, su propia mirada antropofísica. Además, en la medida en que hoy somos conscientes de que al elegir un tema de investigación, y en el transcurso de su desarrollo, esta problemática pasa por nuestra propia corporeidad, es decir, estamos presentes al realizar el trabajo de campo, al estar cara a cara con nuestro colaborador, al estar en su espacio, al oír sus historias, al identificar, analizar y seleccionar el relato que describe o da voz a la persona en relación con el tema tratado. En fin, en el camino hemos ido aprendiendo a humanizar el conocimiento por demás antropológico.

Es importante reconocer que la ENAH expandió sus áreas de conocimiento y especialización con la apertura del Posgrado de Antropología Física en 1996, cuyas fundadoras fueron las doctoras Florencia Peña Saint Martin, Lourdes Márquez Morfin y María Eugenia Peña, mismas que se formaron en la corte de estudiantes y profesores críticos de la ENAH de los años setenta, y cuyas trayectorias reconocidas en el ámbito académico nacional e internacional han dejado huella en la formación de los estudiantes bajos sus líneas de investigación: antropología física, salud y sociedad; bioarqueología y antropología forense; cuerpo, forma y movimiento, respectivamente.

Es menester recobrar la participación de los doctores Patricia Hernández (antropología y demografía), Allan Ortega (migración en poblaciones antiguas) y Juan Manuel Argüelles (filogenia de la cognición y sistemática humana); en lo contemporáneo, de José Luis Vera (cuerpo, antropología física y evolución), Josefina Ramírez (cuerpo y poder), Héctor Martínez Ray (demografía y medio ambiente) Amaceli Lara Méndez (antropología física, percepción y espacio) y la que suscribe (antropología, desigualdad social y violencia). En la actualidad se incorporan otros investigadores, sobre todo para fortalecer el área de bioarqueología y antropología forense. Y faltan los que se integrarán y abrirán nuevos capítulos en la historia de esta disciplina.

En 2016 surge el Posgrado de Ciencias Antropológicas, el cual se diferencia de los otros programas de la escuela por apuntar a una formación interdisciplinaria. En relación con nuestra disciplina, la línea de cultura, salud y enfermedad congrega a doctores reconocidos y destacados por su formación docentes y de investigadores como Anabella Barragán So-

lís (corporeidad, experiencia, representación y enfermedad), Bernardo Adrián Robles Aguirre (cuerpos sexuales y cuerpos enfermos) y José Luis Castrejón (antropología demográfica), quienes participan además en la formación de antropólogos físicos en todos los niveles que imparte la ENAH. Otro factor destacado en el desarrollo de la antropología física ha sido recibir estudiantes procedentes de otras licenciaturas, lo que abona en la construcción de problemas desde otras perspectivas teórico-metodológicas.

En fin, sirvan estas líneas para ir construyendo la historia de nuestra disciplina. Sé que lo escrito puede resultar parcial o debatible y que no hago justicia a todos los que han participado en este trayecto, por ello me disculpo. Sólo escribo desde el lugar donde me ha tocado participar: como investigadora y como docente en esta institución. Espero que este texto motive la pluma de muchos para continuar escribiendo la historia de la disciplina. Ahí queda el reto de hacer, pensar y decir sobre la antropología física.

LITERATURA CITADA

BARRAGÁN, A.

- 2007 El cuerpo vivido: entre la explicación y la comprensión. *Estudios de Antropología Biológica*, XIII: 693-710.

BARRAGÁN, A.

- 2011 El cuerpo experiencial en el proceso salud-enfermedad-atención: objeto de estudio de la antropología física. En: A. Barragán y L. González (coords.), *La complejidad de la antropología física*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, II: 473-498.

BARRAGÁN, A.

- 2012 Reflexiones desde la antropología física en torno al papel del cuerpo como patrimonio cultural. *Diario de Campo. Nueva Época*, octubre-diciembre, 10: 28-32.

BARRAGÁN, A.

- 2022 La corporeidad de las poblaciones vivas como eje de investigación antropofísica. *Revista Española Antropología Física*, 45: 56-67.

BARRAGÁN, A., C. LERMA Y P. MUNDO

2019 *Catálogo de tesis de Antropología Física de Licenciatura (2007-2016) y Posgrado (1999-2016)*. Instituto Nacional de Antropología e Historia-Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

BARRAGÁN, A. Y M. LERMA

2007 *Índice de tesis de Antropología Física (1991-2006)*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

BARRAGÁN, A. Y M. LERMA

2023 *Cuerpo, sociedad y patrimonio*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

BONOLA, Y.

2014 Construyendo una mirada antropofísica de la danza: un entramado de la triada cuerpo, identidad e ideología. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

CÁRDENAS, E.

1992 *Catálogo de tesis de Antropología Física 1944-1991*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

CUÉLLAR, R. Y F. PEÑA

1985 *El cuerpo humano en el capitalismo*. Folios, México.

DICKINSON, F.

1983 Una discusión teórico-metodológica en antropología física. Elaboración de los lineamientos de una epigenética histórica. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

DICKINSON, F. Y R. MURGUÍA

1982 Consideraciones en torno al objeto de estudio de la antropología física. *Estudios de Antropología Biológica*, I: 51-64.

FALCÓN, G.

1988 El papel de la mujer en el proceso evolutivo. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

GARCÍA MURCIA, M.

2008 La emergencia y delimitación de la antropología física en México. La construcción de su objeto de estudio, 1864-1909. Tesis, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

GARCÍA, MURCIA, M.

- 2011 La perspectiva naturalista en los estudios mexicanos sobre el ser humano y su entorno geográfico en el siglo XIX. En: L. Azuela y R. Vega (coords.), *La geografía y las ciencias naturales en el siglo XIX mexicano*, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 121-141.

HERRERA, M. Y J. ARIAS

- 1994 Crecimiento y condiciones de vida en comunidades indígenas de la sierra Norte de Puebla. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

HERRERA, M. Y P. MOLINAR

- 2011 Algunas reflexiones sobre el camino andado dentro de la antropología física. *Cuiculco*, 18 (52): 19-37.

JÁUREGUI, J.

- 1997 La antropología marxista en México: sobre sus inicio, auge y permanencia. *Inventario Antropológico*, 3:13-53.

LARA, A.

- 1993 Espacios de trabajo en oficinas administrativas, un enfoque ergonómico desde la antropología física. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

LAGUNAS, Z.

- 2002 La antropología física: qué es y para qué sirve. *Ciencia*, octubre-diciembre: 12-23, <https://www.revistaciencia.amc.edu.mx/images/revista/53_4/la_antropologia.pdf>.

LAGUNAS, Z.

- 2006 Reflexiones acerca de la formación de antropólogos físicas en México. *Graffylia. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 14 (6): 56-67.

LIZARRAGA, X.

- 1982 De cómo la antropología física se convirtió en una fábula. En: S. López (coord.), *Hombre, tiempo y conocimiento*, Cuiculco, México: 169-187.

LIZARRAGA, X.

- 2003 De la inquietud a la disciplina: la antropología física. En: J. Mansilla y X. Lizarraga (coords.), *Antropología física, disciplina plural*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 49-54.

LÓPEZ, S.

- 2005 El contexto sociopolítico de la formación de las nuevas generaciones de antropólogos físicos. *Estudios de Antropología Biológica*, XII: 179-194.

MURGUÍA, R.

- 1981 Proporcionalidad corporal en relación con la diferenciación social. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

OLIVÉ, J.

- 2000 *Antropología mexicana*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Plaza y Valdés, México.

ORTIZ, G.

- 2024 La desfragmentación del cuerpo. Propuesta teórico-metodológica para abordar la vejez desde la antropología física. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

PEÑA, F.

- 1982 Hacia la construcción de un marco teórico para la antropología física. *Estudios de Antropología Biológica*, I: 25-50.

PEÑA, F. Y M. URTEAGA

- 2011 Producción de conocimiento nuevo para la docencia antropológica como experiencia de investigación formativa. El subproyecto de Licenciatura en Antropología. Una perspectiva juvenil nacional. En: F. Peña y A. Barragán (coords.), *Antropología física. Diversidad biosocial contemporánea*, Eón-Escuela Nacional de Antropología e Historia, México: 325-353.

PEÑA, F. Y R. RAMOS

- 1999 Ética en la práctica de la antropología física. El trabajo con el cuerpo-persona. *Estudios de Antropología Biológica*, IX: 59-74.

PINEDA, A.

- 1989 Indicadores antropométricos de nutrición en grupos de obreras del Distrito Federal. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

QUESNEL, O.

- 1993 Antropología física joven en México: un periodo de búsqueda (1974-1991). Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

RAMÍREZ, J.

- 1991 Los cuerpos olvidados. Investigación sobre el proceso laboral minero y sus repercusiones en la fuerza laboral. Un estudio de caso con los trabajadores de la Compañía Real del Monte y Pachuca. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

RAMÍREZ, J.

- 2012 Cuerpo y emociones. Un nuevo horizonte para la comprensión del sujeto en la antropología física. *Diario de Campo. Nueva época*, 10: 22-27.

RAMÍREZ, J.

- 2016 De la investigación comprometida del Seminario de Investigación en Antropología Física, a la construcción de una antropología física, *Estudios de Antropología Biológica*, XVI: 479-505.

RAMÍREZ, P.

- 2011 Reflexiones sobre la enseñanza de la antropología social en México. *Alteridades*, 41: 79-96.

RUIZ, F.

- 2012 Cuiculco 1980-2010: Los planes de estudio de la carrera de Antropología Física en la ENAH. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

SANDOVAL, A.

- 1983 Estructura corporal y diferenciación social. Un estudio de adultos jóvenes de la ciudad de México. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

SANDOVAL, A.

- 1984 Consideraciones sobre la pretendida articulación de lo biológico y lo social en antropología física. *Estudios de Antropología Biológica*, II: 15-26.

SERRANO, C.

- 2016 Panorama de la antropología física en México. *Gaceta Políticas*, 259: 10-11.

SERRANO, E.

- 1987 El hombre escindido. Apuntes para una historia epistemológica de la antropología física y sus objetos biosociales. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

SERRANO, E. y A. CASTILLEJA

- 2001 Individuos, familias y poblaciones. Reflexiones sobre epistemología y escalas de análisis. *Estudios de Antropología Biológica*, 10: 783-803.

VÁZQUEZ, G.

- 1994 Evaluación de la composición corporal en una muestra de obreros. Tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

VERA, J.

- 2002 *Las andanzas del caballero inexistente. Reflexiones en torno al cuerpo y la antropología física.* Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, México.

VERA, J.

- 2012 El cuerpo como proyecto metafísico. *Diario de Campo. Nueva época*, 10: 45-49.

VERA, J.

- 2019 Reflexiones sobre la noción de raza en los orígenes de la antropología física mexicana. En: M. Rutsch y J. Vera (eds.), *La antropología en México: A veinticinco años de su publicación*, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, México: 317-331.

WARMAN, A., M. NOLASCO, G. BONFIL Y E. VALENCIA

- 1970 *De eso que llaman antropología mexicana.* Nuestro Tiempo, México.